

En Francia, muy desde luego los hombres adquieren mas importancia que los principios, y desde las Constituyentes se alzán partidos que piensan mas en el poder que en la libertad. ¿Qué es la Convencion? ¿Qué diferencia de ideas justifica la guerra á muerte de los Girondinos y Jacobinos? ¿Acaso se confisca, se proscribese, se fusila, se alzan cadalsos para fundar la libertad, ó para aplastar un partido? ¿Qué es el 18 fructidor? ¿Qué vienen á ser las deportaciones que son consecuencia lamentable de aquella jornada? ¿Qué son todos esos golpes de Estado de que está llena nuestra historia? ¿Qué ha ganado con todo eso la libertad? ¿Qué ventajas ha reportado á Francia?

Aun hoy el grande obstáculo para la libertad, ¿no es por ventura ese concepto equivocado en virtud del cual cada uno quiere á aquella para sí y para sus amigos? ¿No se piden seis meses de dictadura para fundarla, cuando precisamente solo por medio de la libertad se salva la libertad? Se la quiere blanca, azul ó roja, segun sean los que la invocan rojos, blancos ó azules. La bandera francesa es tricolor, como para significar que se necesita el concurso de todos los partidos para defender en el exterior la unidad nacional y la honra del país. Pero por lo que á la paz interior se refiere ello ya es otra cosa. Urge olvidar de una vez y para siempre el anacronismo de los partidos viejos, los recuerdos odiosos, los odios seculares, y recordar que es indispensable la cooperacion de todas las inteligencias, de todos los corazones para ponerse al servicio, no de un ídolo sangriento, sino de esa compañera inseparable del hogar y del municipio, de ese ángel custodio del alma y de la conciencia, que se llama libertad.

CAPÍTULO XIV.

El Parlamento en 1774.—Lord Chatham.—Burke.

En 26 de octubre de 1774, el Congreso de Filadelfia se disolvió, invitando á los norteamericanos á elegir otro Congreso, que se reuniría en la misma ciudad el día 10 de mayo del año próximo inmediato.

Mientras estaba abierto el Congreso, la lucha continuaba en Massachusetts, haciéndose cada día mas profundo el abismo que separaba al pueblo del gobierno. El gobernador habia convocado una nueva asamblea que habia de reunirse en Salem, á principios de octubre. Pero como que los consejeros que aquella autoridad habia nombrado iban haciendo dimision de su cargo hasta el punto de no haber ya suficiente número de vocales para poder legalizar sus resoluciones, el gobernador desistió de su propósito, y expidió un decreto aplazando la reunion.

Los patriotas prescindieron de esa disposicion. Reuniéronse en Salem, y de aquí se retiraron á Concord, ciudad del interior que estaba menos al alcance de la influencia gubernamental. Allí se constituyeron en *Congreso provincial*, y comenzaron á administrar la colonia, como si hubiesen sido convocados legalmente. Delegaron sus poderes á una comision que llamaron *Comité de salud pública*, ejemplo que presto siguieron las demás colonias, y que suministró la idea de los comités de salud pública en Francia que desgraciadamente sobre el nombre tuvieron de comun con los comités norteamericanos.

Pero, ante todo, los patriotas de Massachusetts aprestaron recursos de resistencia; reunieron provisiones para doce mil hombres

de milicia, colocando á su frente algunos ciudadanos que se habian distinguido en la guerra del Canadá, á cuyas órdenes se pusieron además un gran número de milicianos entusiastas que tomaron el nombre de *minute-men*, porque se comprometian á empuñar las armas al primer asomo de peligro ¹.

Inglaterra dió enseguida disposiciones enérgicas para impedir las esportaciones de armas y municiones á las colonias. La noticia de esas disposiciones no hizo mas que enardecer los ánimos. En Rhode-Island el pueblo se apoderó de un tren de artillería que pertenecía á la Corona; en el New-Hampshire el pueblo sorprendió el fortin de William y Mary, que solo contaba con cinco hombres de guarnicion. Escusado es decir que esas expansiones populares eran preludios de la revolucion.

Cada buque que llegaba á América traia noticias cada vez menos halagüeñas para los partidarios de la paz, pero en aquella sazón el pueblo inglés tenia toda su atencion fija en las elecciones generales que hacia, cuyas elecciones, conviene consignarlo, estaban todas animadas de un espíritu eminentemente hostil contra América. En Inglaterra estaba sumamente sobrecitada la opinion pública, y se creía que la actitud del Massachusetts la habia provocado y la retaba; y tratándose de la honra nacional, convenia á todo trance aplastar la rebelion. Bristol, que eligió á Burke, fué casi la única ciudad que optó por un representante favorable á América. Esa efervescencia, merced por otra parte á ciertos móviles poco dignos pero no menos eficaces ², aseguraron á lord North y á su política una inmensa mayoría.

El nuevo Parlamento se reunió en 29 de Noviembre de 1774. En la Cámara de los lores, lord Hillsborough, en contestacion á las amenazas contenidas en el discurso del trono, presentó un mensaje para en él espresar el horror que á los lores infundian los principios sediciosos del Massachusetts. No vaciló en decir (aludiendo á Franklin y á Quincy) que en aquellos momentos habia algunos que tranquilamente se paseaban por las calles de Lóndres, y que deberian estar en Newgate ó en Tyburn. Despues de un acalorado debate, el mensaje fué aprobado por una mayoría considerable. La

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 48.

² Si América, decia Franklin, quisiera economizar durante tres ó cuatro años el dinero que emplea en modas, lujo y novedades procedentes de Inglaterra, podría comprar al Parlamento, al ministerio y todo lo demás. Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 175.

oposicion tuvo 13 votos; Rockingham, Shelburne, Cambden, Stanhope y cinco pares mas protestaron por escrito «contra una temeridad inconsiderada que podia precipitar al país en una guerra civil.» Acaso los periódicos de la época crearían atmósfera revolucionaria. En aquel entonces, Garnier, agente francés, escribia á M. de Vergennes: «El discurso del rey concluirá por enajenarse la voluntad de las colonias. Cada dia se hace mas difícil la conciliacion, haciéndose mas necesaria todos los dias ¹.» Eso era ver las cosas como hombre de Estado.

En la Cámara de los comunes, á pesar de la elocuencia de Fox y de Burke, la oposicion solo reunió 73 votos, como quiera que en su favor no estaba el número ni la opinion. Votado el mensaje, segun era costumbre, se aplazó la discusion de los asuntos árdulos para despues de las fiestas de Navidad.

Al ser sometidos á las Cámaras los documentos norteamericanos, Chatham salió de su retiro, y puso fin á su silencio. Su patriotismo, su odio á Francia, su amor á la libertad, le hacian ver en todo lo de América miserables manifestaciones de vanidad. Chatham queria paz y union con las colonias, y queria la paz de la única manera verdaderamente posible y fecunda, olvidando todo lo pasado, obrando franca y lealmente, no desdeñando Inglaterra confesar sus propios errores. No se crea que lord Chatham no tuviese conciencia clara de lo que habia ocurrido en Massachusetts, que antes bien le parecían culpables ciertos gérmenes de revolucion que allí habia; pero en el hecho de unirse once provincias á aquella colonia, veía él una advertencia de la cual era preciso aprovecharse. Habíale ya llegado su turno á la razon, y por lo tanto no era tiempo de acusar á todo un pueblo.

En 20 de Enero de 1775 Chatham compareció á la Cámara de los lores. Sin precisar nada, habia anunciado únicamente que hablaría de los asuntos de América. El banco rebosaba de norteamericanos; en primera fila estaba Franklin, colocado allí por Chatham, quien gustaba de tener junto á él al hombre que mas profundamente conocia á América.

Chatham pidió que se enviara un mensaje al rey para suplicar á S. M. que diera orden de retirar lo mas pronto posible las tropas de Boston á fin de abrir el camino á la pacificacion de las animosidades en América.

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 178.

«Milores, dijo, esos papeles que se os someten hoy por vez primera, según creo, hace seis semanas que están en poder del ministro. Y aunque los destinos del reino dependan de esa grande cuestión, hasta hoy no se nos ha llamado á examinarla.

«Milores, no tengo ningún deseo de mirar esos papeles. Sé ya lo que contienen. No hay un miembro de la Cámara que no lo sepa. Entremos por consiguiente en materia, abordemos la cuestión. Aprovechémonos de la primera coyuntura para abrir la puerta á la reconciliación ¹.

«...Dentro poco, será ya tarde. Una hora que se pierda puede producir años de desgracia. Retirar las tropas de Boston, es el primer medio de restablecer la paz y fundar vuestra prosperidad.

«...El espíritu de independencia que anima á los pueblos de América no es cosa nueva; su fé no ha cambiado aun. Durante las ocurrencias con motivo del acta del sello, una persona respetable y veraz me aseguraba que los norteamericanos estaban decididos á todo. Podiais destruir sus ciudades, arrebatarles lo supérfluo y quizás las comodidades de la vida; pero estaban dispuestos á menospreciar vuestro poder, y nada echarian de menos con tal que tuviesen... ¿qué, milores?... sus bienes y su libertad.

«Si se han cometido atropellos en América, preparad el camino para que se reconozcan y se os dé satisfacción; pero porque hayan faltado cincuenta individuos, no oprimais á tres millones de hombres. Esa severidad, esa injusticia harán nacer en vuestras colonias un rencor incurable... ¿Hareis un paseo militar de ciudad en ciudad, de provincia en provincia?... ¿Cómo aseguraréis la obediencia del pueblo que dejareis á vuestras espaldas, debiendo por otra parte recorrer seiscientas leguas de continente?

«Fácil era prever la resistencia á vuestros impuestos arbitrarios; bastaba conocer la naturaleza de las cosas, el corazón humano, y sobre todo el espíritu whig que florece en América. Ese espíritu de resistencia que en las colonias rechaza vuestros impuestos, es el mismo que el que en otros tiempos rechazaba en Inglaterra los empréstitos, los dones gratuitos, el *ship money*; es aquel mismo espíritu que, en el bill de los derechos, vengó la Constitución inglesa; es aquel mismo espíritu que estableció esta máxima esencial de nuestras libertades, que *ningún inglés puede ser gravado con impuestos sin su consentimiento*.

¹ Pitkin, tom. I, pág. 307.

«En el Norte América tres millones de hombres están animados de ese glorioso espíritu de libertad; y yo me complazco en creer que hay en Inglaterra doble número que aplauden ese espíritu colonial. La Irlanda se asocia á los sentimientos de los norteamericanos, como un solo hombre. Estableced por lo tanto para siempre este principio: *El impuesto les pertenece exclusivamente á ellos; la ley del comercio á nosotros*.

«Los norteamericanos dicen que no teneis derecho á imponerles tributos sin su anuencia, y tienen razón. Yo les reconozco ese derecho supremo sobre su propiedad, ese derecho que no puede enajenarse y que pueden ellos defender á todo trance. Mantened en pié aquel principio, que es comun á todos los whigs de allende y aquende el Océano, que es la libertad unida á la libertad, la alianza de Dios y de la naturaleza, alianza inmutable, eterna.

«A esa fuerza unida, ¿qué otra fuerza opondreis? ¿Algunos regimientos en América, diez y ocho mil hombres aquí! La idea es harto ridícula para que yo insista en el particular. Si no revocais las fatales medidas que habeis tomado, llegará la hora del peligro con todos sus horrores. Y entonces, á pesar de toda su confianza, estos ministros vanidosos se verán precisados á abandonar principios que profesan, pero que no pueden defender, medidas que ensayarán quizás, pero que no se llevarán á cabo.

«Para atraernos á América, no basta rasgar un trozo de pergamino; desvaneced sus recelos y resentimientos, y tened luego confianza en su agradecimiento y amor. En tanto que una fuerza armada apostada en Boston exaspera é insulta á los norteamericanos, cualquiera concesión, si pudiérais arrancarla, sería incierta, pero, ¿no es evidente que, unidos como están, no podeis obligarlos á una sumisión vergonzosa?

«Lean Vuestras Señorías esos documentos norteamericanos, consideren la discreción, la convicción, la sabiduría con que están redactados, y no podrán menos que llenarse de respeto hácia una tan noble causa, y desear apropiársela. Por lo que á mí hace, confieso ingenuamente que, habiendo leído á Tucídides, después de haber estudiado y admirado los Estados que han sido los maestros del orbe, nunca he visto ni he leído nada superior á esos escritos, por la solidez de sus argumentos, por su energía y habilidad, por la sabiduría de sus conclusiones. En circunstancias tan difíciles y complicadas, no conozco otra nación, ninguna asamblea, que pueda yo anteponerla al Congreso de Filadelfia.

Las historias de Grecia y Roma nada nos ofrecen que sea tan grande. Imponer la servidumbre á semejantes hombres, establecer el despotismo en aquel poderoso continente, es un esfuerzo insensato y que será fatal. Acabaremos por vernos precisados á retractarnos; por consiguiente, retractémonos mientras podemos hacerlo con toda libertad; no aguardemos la hora en que la retractación sea ya una necesidad. Os vereis obligados á revocar esas disposiciones violentas; las revocareis, os lo aseguro empeñando en ello mi reputación; las revocareis. Evitad por lo tanto esa necesidad humillante: con la dignidad propia de vuestra posición, haced las primeras diligencias para obtener la paz, la concordia, la prosperidad; ahí está la dignidad verdadera. Esas concesiones son mas agraciadas cuando proceden de un poder superior, porque establecen una confianza sólida fundada en el cariño y en el agradecimiento. Sed los primeros en ser humanos, arrojad las armas que teneis en las manos.

La justicia, la política, la dignidad, la prudencia, todo os invita á tranquilizar á los norteamericanos retirando vuestras tropas de Boston, revocando vuestras leyes, manifestando á las colonias disposiciones amigables por parte vuestra. Perseverando en vuestro ruinoso sistema, os amenazan todos los peligros, todos los azares; la guerra extranjera está suspendida con un hilo sobre vuestras cabezas; Francia y España no pierden de vista vuestra conducta, atisbando el primer momento en que llegarán á sazón vuestros errores.

Si los ministros continúan aconsejando mal al rey, si persisten en estraviar su opinión, no diré que el rey es víctima de una traición, pero afirmo que el reino está perdido. No digo que los ministros destruirán el cariño que tienen los súbditos hácia la corona, pero sí diré que, en desapareciendo este diamante de América, la corona no valdrá ya la pena de llevarse¹.

A Chatham le apoyó lord Cambden, el antiguo lord canceller; el hombre de la justicia y del derecho.

Milores, dijo, no os habló como político, como hombre de Estado ó filósofo, sino como simple jurisconsulto. No teneis derecho á imponer tributos á América; los derechos naturales del hombre, las leyes inmutables de la naturaleza están con aquel pueblo. Reyes, lores, comunes, hermosos nombres son y suenan muy bien al oído; pero los reyes, lores y comunes pueden volverse tan tiranos como

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 200.

otros cualesquiera. Es tan *legal* resistir á la tiranía de muchos como á la tiranía de uno solo. Un día preguntaron al gran Selden, en que libro se encontraba el derecho de resistencia á la tiranía. «En la costumbre constante de Inglaterra», respondió Selden, y la costumbre de Inglaterra es la ley del país.

Esas sencillas y severas expresiones encierran mas argumentos que todos los libros en folio de los jurisconsultos, y mas sabiduría que todos los discursos ministeriales.

Tener razon, sosteniendo lo contrario Chatham y Cambden, era muy difícil; pero contestar era cosa fácil. Hay sofismas parlamentarios que pueden encajarse en todas las cuestiones, sofismas que en una asamblea ignorante, apasionada ó corrompida producen tanto mas efecto cuanto que las grandes y nobles respuestas están solo al alcance de los grandes y nobles ingenios.

Así es que se vió desfilar uno á uno todos los vulgares sofismas políticos de que se echa mano en análogas circunstancias. Se invocó la necesidad de la fuerza, se excitó el egoismo, el desden, la cólera, y se habló de alguna complicidad en los sucesos norteamericanos por parte de ciertos miembros de la Cámara.

Milores, dijo lord Gower con altivez, dejad que los norteamericanos hablen de sus derechos naturales y divinos. ¡Sus derechos como hombre y como ciudadano! ¡Derechos que recibieron de Dios y de la naturaleza! Soy de opinión que acudamos á la fuerza. Lytleton echó en cara á Chatham, que propagaba el fuego de la sedición, y acusó á los norteamericanos de querer eludir el acta de navegacion. Rocheford declaró que no era menos responsable Chatham que los norteamericanos, y responsable en su persona de todo lo que aconteceria en lo sucesivo¹.

Toda esa palabrería no podia inquietar al hombre de Estado; pero su elocuencia se estrelló contra la terquedad de aquella mayoría como se hubiesen estrellado los silbidos del viento, y la moción fué rechazada por 68 votos contra 18. Entre esos últimos 18, se hallaba el del duque de Cumberland, hermano del rey. Todo su corazón palpitaba por América. Cuéntase que un dia, estando en los pasillos de la Cámara, se acercó al doctor Price, que acababa de publicar un folleto muy entusiasta en favor de América. «Anoche lo leí, dijo aquel, y hasta una hora tan avanzada, que vuestro libro me ha dejado ciego ó poco menos. — ¿Será posible? repuso Dunning,

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 203.

amigo de Burke; maravillame eso, porque su lectura ha producido un efecto contrario á la mayoría de la nación, como que le ha abierto los ojos ¹.

El rey, que empeñaba á lord North en una senda que fatalmente conducía á un abismo, se llenó de orgullo ante la inmensa mayoría que secundaba los propósitos del gobierno; en concepto de aquel, la táctica del Parlamento era eminentemente oportuna, para someter á los norteamericanos ². Error harto frecuente en políticos de corto alcance: reducir un pueblo á la desesperación, es un medio eficazísimo para precipitarle á una guerra civil, *Spoliatis arma superunt*. Muy bien lo comprendía así Chatham. Sin desanimarle su derrota material en la Cámara, prosiguió en su idea, y desplegó aun mas su actividad y celo por conjurar la guerra civil. «Cúmplase la voluntad de Dios, decía, el Antiguo y Nuevo Mundo nos juzgarán.»

Dirigióse luego á Franklin, sometiéndole su proyecto de reconciliación. «Quiero regular mi modo de ver con el vuestro, decía Chatham, como se regula un reloj con un *regulador* ³»

Asesorarse con hombres capaces, apelar al criterio de quien domina la materia, ahí está el carácter peculiar de los grandes políticos. Los Estados aventajados buscan jefes, siendo precisamente los que menos lo necesitan; al paso que los políticos adocenados van siempre en zaga de aduladores y gentes de á pié, como suele decirse. Son como los ciegos que han menester siempre un lazarillo.

Chatham presentó su proyecto de *verdadera reconciliación y concierto nacional* en 1.º de febrero de 1775. En el fondo Chatham aceptaba las proposiciones del Congreso de Filadelfia. El Parlamento revocaba los estatutos de que estaba quejosa América, y renunciaba al derecho de imponer tributos; debiendo América por su parte reconocer á Inglaterra el derecho de reglamentar el comercio de todo el imperio. Además, y á título de donación voluntaria, las asambleas debían cubrir los gastos que ocasionara su propio gobierno.

Por último, dando con ello una prueba de confianza, Chatham encargaba al Congreso que iba á reunirse en Filadelfia en 10 de mayo de 1775: 1.º que reconociera la suprema autoridad legislativa

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 24.

² Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 203.

³ Lord Mahon, tom. VI, pág. 26.

del Parlamento; 2.º que hiciera una *donación voluntaria* al rey, señalando una pensión perpétua para contribuir á enjugar la deuda; «no como condición impuesta para obtener justicia, sino como una justa prueba de cariño.» De esa manera Inglaterra salvaba el principio, y América conservaba ileso su independencia como quiera que todo se reducía á una concesión de dinero sancionada espontáneamente por una declaración del Congreso.

Las bases del arreglo eran satisfactorias. Franklin estaba convencido de que Chatham quería llenar las aspiraciones de los norteamericanos; Jefferson, al leer el bill confiaba obtener con él la reconciliación; sin embargo á Samuel Adams, receloso siempre, inspirábale algún cuidado aquel reconocimiento condicional de la autoridad suprema del Parlamento. «Andenidos con tiento, decía, que en vez de tener una espina en el pié, podemos tener un puñal en el corazón?»

No bien Chatham hubo acabado de leer su proyecto, el buen lord Dartmouth habló de la importancia de la cuestión, y pidió que se pusiera á la orden del día, es decir, que se discutiera. Chatham respondió enseguida, que eso mismo pedía él. Entonces tomó la palabra lord Sandwich, uno de los mas decididos defensores del Gabinete, para censurar la debilidad de su colega. «Esa medida que se nos propone, dijo, solo es digna de menosprecio; hay que desecharla inmediatamente. Nunca podré creer que sea ese proyecto concepción de un Par de Inglaterra.»—Y dirigiéndose á Franklin que estaba apoyado en la barandilla: «Supongo, continuó el lord, que es eso obra de un norteamericano; é imagino que hablo delante de la persona que lo ha bosquejado; esa persona es el mas acérrimo y peligroso enemigo que pueda haber conocido este país.»

Todas las miradas se fijaron en Franklin. Chatham respondió: «Ese proyecto es absoluta y exclusivamente obra mia. Mas, si yo fuera primer ministro, si tuviera el encargo de arreglar ese importante asunto, no me avergonzaria en apelar públicamente al criterio de un hombre tan perfectamente instruido en las cuestiones norteamericanas, siendo un hombre que toda Europa coloca al lado de nuestro Boyle y de nuestro Newton, como que honra no solo á la nación inglesa, si que también á la humanidad?»

Lord Dartmouth, asustado de la vehemencia de su colega, y

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 27.

² Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. IV, pág. 220.

³ Id. id. tom. IV, pág. 221.